

MADRID DE MADRE

ROMUALDO DE TOLEDO



POCAS veces el genio ibérico demostró tan claro las eficacias de la voluntad humana en dominadora de la naturaleza. España dispone de una periferia rica, templada, apacible, colorista, civilizada. Y de un centro mesetario deblegado a la ventisca y al polvo, con oscilaciones térmicas de veinticuatro grados en veinticuatro horas, erosiones dramáticas y austeridad. Puen bien, mal que pese a la geografía, nuestra patria tiene su madre en Madrid. La capital de las Españas es centro geométrico peninsular, sede de la Hispanidad, celosía del poder político y símbolo de una lengua imperial.

La fiel filial periferia puede estar orgullosa de que sobre una aldea semimanchega, equidistante de la sierra y el Tajo, y bañada en la aridez de la estepa, se haya levantado, a sus solas expensas, la moderna ciudad escaparate del desarrollo económico del país.

Claro está que la capital no ha conseguido superar los condicionantes de su artificiosa marginalidad. El clima sigue siendo extremado, agravado por altas constantes en contaminación, ruido e insalubridad. Pero lo grave no es el medio ambiente que disfrutan los madrileños. La tragedia familiar estalla con el estrangulamiento maternal, en puro exceso amoroso, de las posibilidades de crecimiento de sus hijos, los apacibles habitantes de la dulce periferia; con el dramático cuello de botella gripando en seco el mismísimo eje de la rueda ibérica.

LA realidad es que el futuro de España nunca debe depender del provocador centralismo madrileño. Las posibilidades de Cataluña o del País Vasco-Navarro se van potenciando a trancas y barrancas en base a las experiencias industriales de sus habitantes, bien anteriores al gigantismo voraz de la capital. Pero en Andalucía o en Galicia pueblos y ciudades sollozan implorando la concesión de una obra pública, la localización de industrias y regadíos, el coqueteo procaz con las inagotables tragedias de las INificacias estatales. Y no debe ser así.

Bien está que en Madrid se centralice la política

del país. La unidad de mando es condición inexcusable para la eficacia ejecutiva del poder. Pero una administración equilibrada de la riqueza nacional exige la descentralización. Y en los albores de la deseada nueva democracia española toca consolidar a toda prisa la sensatez o perderemos para siempre el soñado expreso del progreso.

DESMEDIDOS esfuerzos se han derrochado en Andalucía en pro de la canalización del curso inferior del Guadalquivir. La prensa regional supo movilizar eficazmente a la opinión andaluza. La necesidad de la obra pública se justificaba con triunfalismos soñadores: miles de hectáreas para solar de industrias inexistentes y millones de millones para que siguieran atracando en Sevilla mercantes pequeñitos. Y sucedió lo que debía suceder. Apenas iniciada una etapa de la primera fase, y curada la fiebre del estado de obras, Madrid pontifica mayestática: sobra puerto en Sevilla y sobra canal a Bonanza. Canal y gozo, al pozo.

La lección es importante, porque demuestra que toda una región como Andalucía Occidental, adormecida en la fidelidad filial del súbdito, carece de ideas claras sobre cómo desarrollar sus posibilidades. Pasivamente suplica y pasivamente acepta las decisiones maternas de Madrid. Y no debe ser así. Mientras se mantenga esa pasividad sumisa y no disponga de campo libre donde ejercitar sus decisiones responsables, todo serán súplicas infantiles y esterilidad.

CUANDO parece que España se convence al fin de que la base del país está en sus habitantes y no en la inaccesible jerarquía, cuando el protagonismo del pueblo exige que el poder de decisión suba y no baje, no pueden admitirse métodos fronteros con el caciquismo de los viejos tiempos y el totalitarismo anclado en nostalgias coloreadas en azul. Crear conciencia regional, despertar responsabilidades regionales, asumir riesgos frente a madre Madrid. Y, cara al sol de la nueva democracia española, desterramos para siempre a Edipo de nuestro patriotismo. ■